

David B.

Diario de Italia

Trieste 1 Bologna





7 de enero de 2005

En Trieste,
en la plaza
que da a la
calle Diaz, se
encuentra la
Casa de los
Gatos.

Entran desde fuera por un agujero en la puerta.



Al otro lado hay un tablón que les sirve de pasarela. Imagino que lo habrán puesto ellos mismos.

Después suben por las escaleras hasta el piso superior.

Allí, en una gran estancia, hay una chimenea encendida y una biblioteca gigantesca. Y los gatos leen, conversan, discuten, duermen o contemplan por la ventana el extraño teatrillo de los humanos que pasan por la calle.



Se distingue a estos gatos porque todos tienen cortada la oreja derecha.

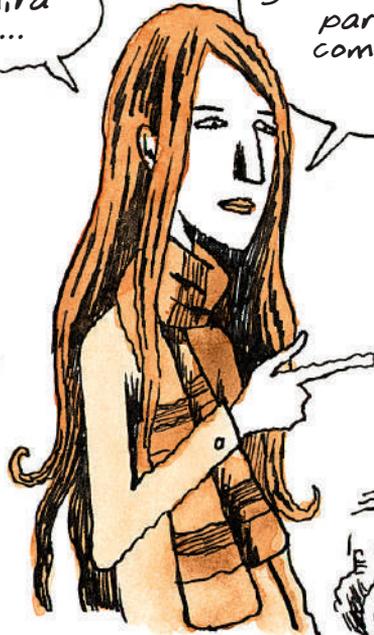
Ilaria me dice:

Mira ...

¡Roban jamones para comer!



Te miran como los niños, con un aire cándido y astuto.



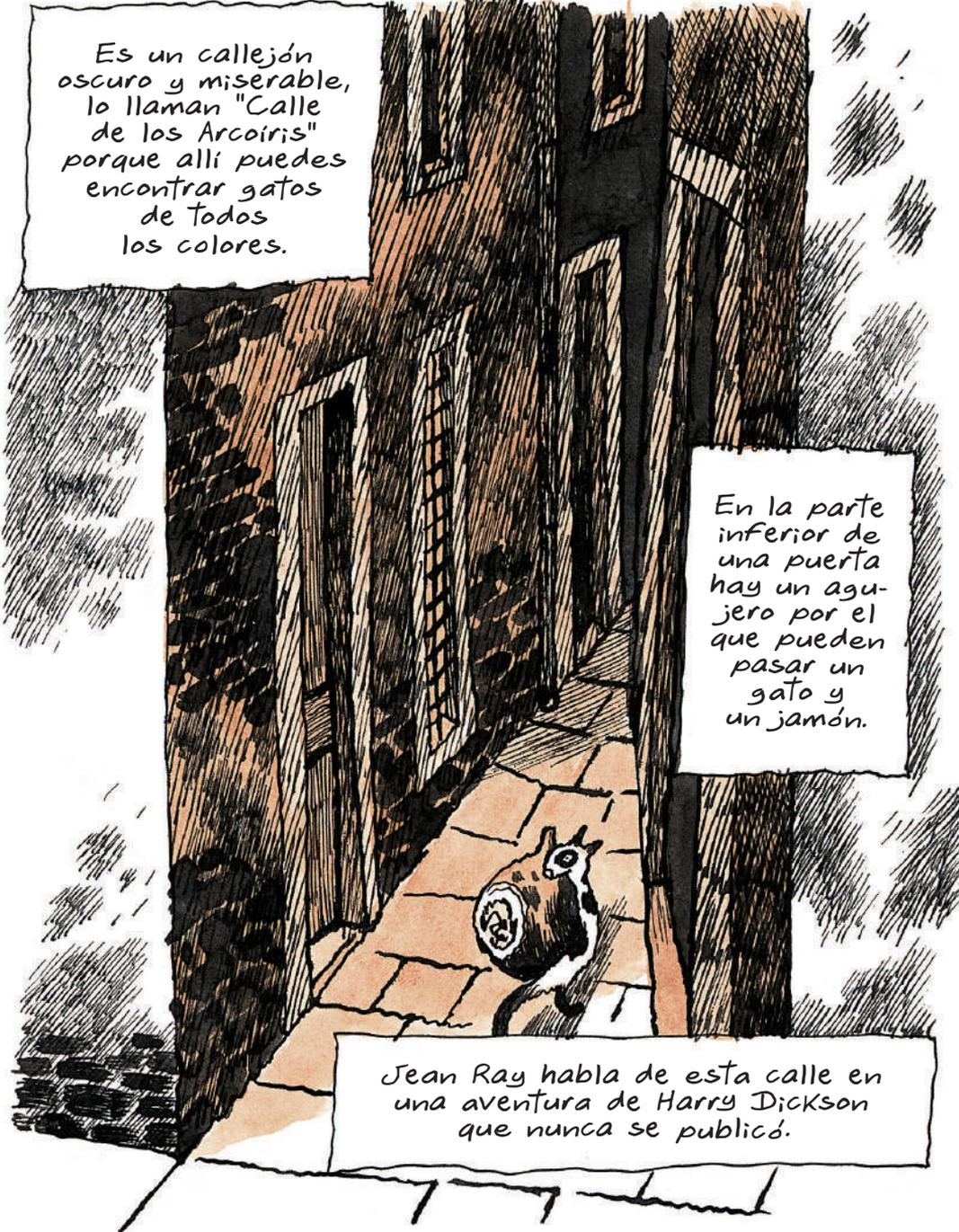
En la plaza, un charcutero ha colocado un puesto con jamones artesanales, salchichones y salchichas.





No meten los jamones en la Casa de los Gatos por la puerta de la plaza Diaz, que en este caso es impracticable. Para eso, hay una entrada trasera por la Via delli Arcobaleni.





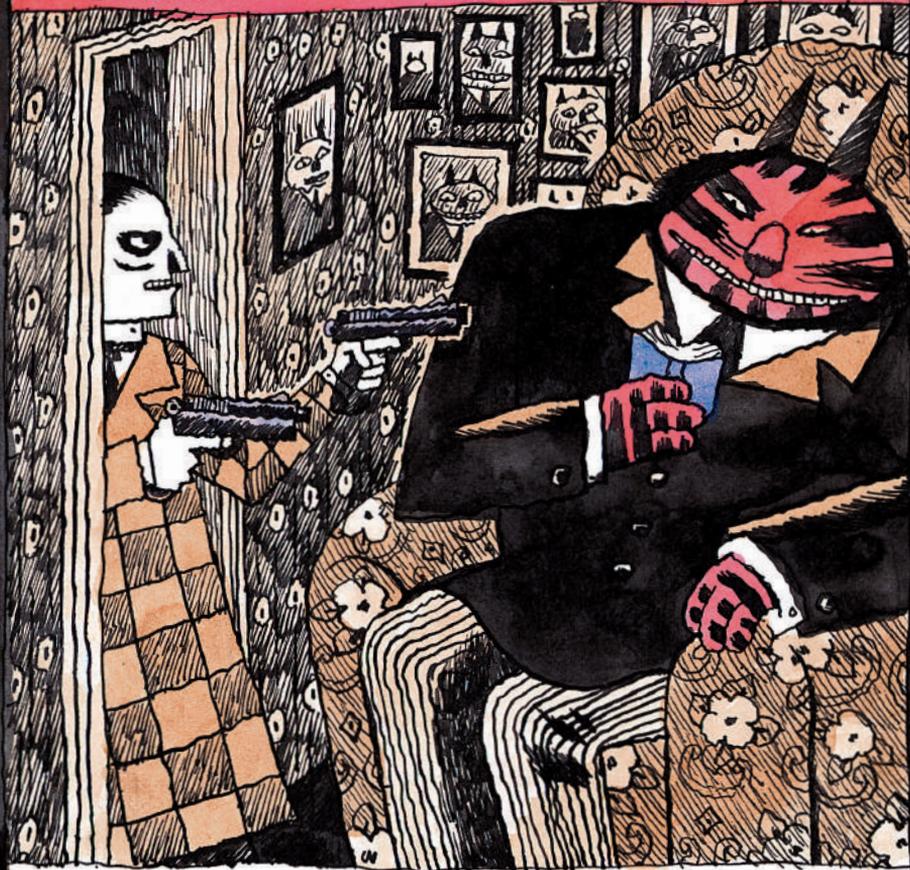
Es un callejón oscuro y miserable, lo llaman "Calle de los Arcoiris" porque allí puedes encontrar gatos de todos los colores.

En la parte inferior de una puerta hay un agujero por el que pueden pasar un gato y un jamón.

Jean Ray habla de esta calle en una aventura de Harry Dickson que nunca se publicó.

Harry Dickson

El Detective Americano



"¡Arriba las patas, monstruo vil!", gritó...

Queremos entender lo que pasa con la Casa de los Gatos, e Ilaria recurre al charcutero.



¿Lo ha visto?
Los gatos le han robado un jamón ...

Verá usted, es preferible estar del lado de esas bestias, así que las dejo hacer.



Un jamón de vez en cuando es poca cosa.



Se nota que este tipo, atrincherado tras sus jamones, tiene miedo.



Pasa lo mismo en todas las Tiendas a las que vamos.

Los locales son muy bonitos, decorados como palacios.



El miedo es tan palpable que podrían venderlo.

La ciudad es muy bonita, tiene muchas casas abandonadas. Algunas están en obras.



Dicen que el espantoso olor a pis que envuelve la Casa de los Gatos es lo que impide a los obreros que procedan a su rehabilitación.

8 de enero de 2005

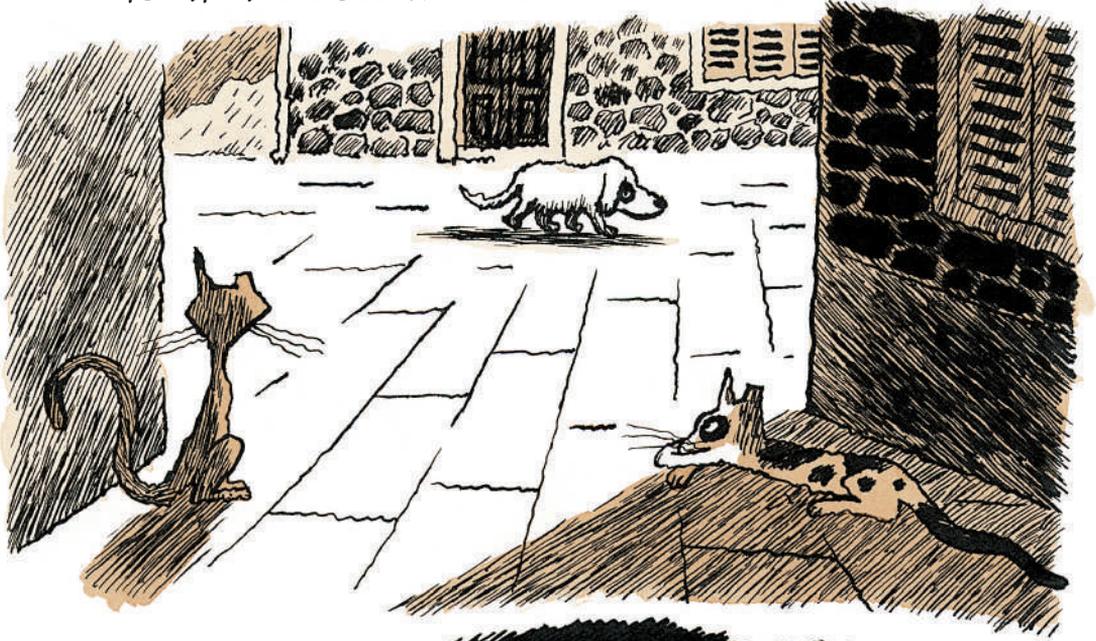
Hay una especie de paz tácita entre los gatos y los perros.



Pero los perros están alerta, patrullando por una frontera que me es invisible.



Existen otras fronteras que delimitan territorios desconocidos.



Una de ellas está en el sótano de la Casa de los Gatos.



Unas escaleras se hunden en las profundidades de la Tierra.

Por allí se llega al territorio de las ratas.



Los gatos no bajan más, y se miran. Las ratas transmiten a los gatos un mensaje mudo.

En ese lugar se han librado muchas batallas a lo largo de los siglos. En esa escalera han muerto animales de ambos bandos.







Abandono el
peldaño de
los gatos y
me interno
entre las
ratas,
superando
mi asco.

Ilaria se
ha queda-
do arriba,
con los
gatos.

Tengo miedo, pero me repito mentalmente la frase
del cuento: "Esto todavía no es el verdadero miedo,
el verdadero miedo vendrá más tarde".